
Gustavo Sainz
LOS FANTASMAS
DEL TEMPLO MAYOR

O quizás habría que partir del volante del minitaxi, dragón o serpiente que se muerde la cola, y por lo tanto representación del tiempo, del uno y del todo, del retorno a la unidad y a la multiplicidad, involución y evolución, nacimiento y crecimiento, decaimiento y muerte,

pero a la vez implicación de algo que al ponerse en juego activa y vivifica las fuerzas,

emblema solar correspondiente al número 10,

y como es negro, a los impulsos telúricos,

principio del eterno retorno,

rueda del tiempo como la rueda de la fortuna en la novela *Bajo el volcán*, que avanza o retrocede en la conciencia de Ivonne, uno de los personajes de Malcolm Lowry,

y finalmente límite donde nuestro prot/agonista incluye seres, fantasmas y figuras,

asimilando hasta cierto punto el caos y otros peligros de ilimitación y disgregación...

Cortés enmedio, como dentro de un aura...

sagaz y mañoso de acuerdo a Bernal Díaz cuando transforma a una pandilla de aventureros armados en municipalidad organizada, y con habilidad renacentista designa primero regidores para que éstos, a su vez, constituidos en el poder de la ciudad de Veracruz, lo nombren capitán general y justicia mayor con plenos poderes para poblar y tratar directamente con España...

o aparece con mirada grave y amorosa, gran señor al comer y vestir, conversador franco y rostro ceñudo, encarcelando a un funcionario real enviado por Pánfilo de Narváez para despojarlo del mando, acusándolo de usurpación de funciones ya que no trae consigo cartas del rey que lo acrediten adecuadamente,

y de improviso ese extraño párrafo de las *Cartas de Relación*, donde curiosa y significativamente Cortés pide a Carlos V que una vez conquistada y pacificada la Nueva España, no permita la entrada (por ningún motivo) de *abogados*...

nuestro prot/agonista encendiendo la pipa, corrigiendo el peso de los anteojos, mesándose la barba y gruñendo para soportar mejor las vicisitudes del tránsito en la ciudad de México,

Ombligo de la Luna y también Frontera del Magueyal,
Lugar de Liebres,

Centro de la Región Pulquera,
Gran Tenochtitlán,
Puñado de Alcantarillas,
Hondonada Gris,



Nopaltorio,
Tierra Chica
y hasta Ciudad de los Palacios según cronistas de los últimos años,

desde Martínez Gracida a Carlos Fuentes,
aceptando estremecido las emociones que provoca la modulación adoptada por la juventud en Mararía, (una de s/us más sacralizables amantes), dispuesto a gozar el lujo (¿necesario?) del cuerpo de esa muchacha, porque después de todo (¿o antes de todo?) ha subido por la primera escalinata descubierta del Templo, afortunadamente incompleta, ya que a medida que ascendía había ido realmente rejuveneciendo, un escalón y menos grasa, otro y sintió borrarse las canas, otro y cierto vigor (casi) olvidado, tensión en la piel, un

aire menos pasivo y menos desdichado,

otro y creyó respirar con una violencia de caldera, ávido y de ahí en adelante insatisfecho,

otro y respiró fuerte, veinte años menos, desbordante capacidad de iniciativa, vivacidad...

¿o era su Tlahuicole, cada vez más animoso y emprendedor?

(Eric Wolf describe a los guerreros tenochcas

“impulsados por indignidades reales o imaginarias, crueles con ellos mismos y con los demás, luchando contra el destino y sin embargo atraídos por él, perseguidos por malos agüeros, siempre preocupados en llevar a cabo sus profecías de destrucción, actuando bajo la creencia de una inminente catástrofe”,

pero también con el deseo de obtener recompensas, honores y trofeos...),

como su Tlahuicole, alborotado con la perspectiva (enfermiza) de develar el Templo Mayor,

feliz ante la motivación cósmica de cumplir con una misión de orden extraterrestre (o casi)...

y es que indudablemente subió la escalera en un día propicio,

y cree ver desde el minitaxi los toldos amarillos que marcan el lugar de la excavación,

a lo peor dentro de esas curiosas simetrías que gobiernan s/u vida, desde el mismo lugar donde señoreaban los palacios (hollados) de Tetzepanquetzal,

y los españoles vieron la erecta pirámide del Templo Mayor la noche de las tortillas maíz...

o de pronto es como si el minitaxi fuera la antigua casa de Juan Rodríguez Jurado, en los aledaños de Sevilla en Castilleja de la Cuesta, donde Cortés agoniza de calenturas y angustia;

adonde lo visitan escribanos, amigos y albaceas, pero también, de pronto desvanecentes, prorrumpiendo entre cortinajes y ornatos, florescentes, transfigurándose y agolpándose,

cientos de hombres sin manos,
familias con pecho abierto,
niños desmembrados,
adultos taciturnos manchados de sangre, obtusos y anónimos,

guerreros con media cara borrada por un arcabuzazo,
cuerpos sin cabeza,
mujeres de senos cercenados y ojos gláucos sollozando sin ruido,

ancianos vaporosos,
niñas violadas,
jóvenes con las mejillas marcadas por hierros candentes
y voces que acusan y desenmascaran,
palabras lúgubres, como desenterradas,

labios de piedra que lo significan como traidor (al rey) en la persona de Diego Velázquez, como desleal a su padrino sacramental, como simulador, hipócrita, ingrato, ladrón y secuestrador, asesino inclemente y sanguinario, llamándolo miserable de mil maneras e insultando la vida a través suyo,

las voces de pronto claras para cumplir distancias, pasar de luz a sombras y viceversa, hasta que en medio de un gemido fallece Cortés...

y es como si nuestro prot/agonista de pronto diera vuelta a la Historia y estuviera allí con una memoria del futuro, pensando que en el caso de Cortés se cumple esa ley (moral) universal donde el hombre obtiene lo que paga y paga por lo que



obtiene, es decir, alcanza lo deseado si paga el precio, como Miguel Hidalgo, que pone en marcha la independencia y pierde la cabeza igual que sus compañeros de aventura.

o Vicente Guerrero y Francisco I. Madero, que son traicionados...

el monasterio de San Isidro atrás, en las inmediaciones de Sevilla, la tarde ventosa en que depositan los restos de Cortés en una capilla, nuestro prot/agonista rodeado por los muertos de Cholula y la madre y las hijas de Moctezuma, de algunos castellanos (vivos) como Diego del Sueldo, el duque de Medina Sidonia, Ruy Díaz de Quintanilla y el escribano García de Huerta,

y a su alrededor, sacerdotes indígenas atrocemente mutilados y una sombra difusa, ni águila ni jaguar, en la que puede reconocerse a La Llorona...

un pasado insensato y fascinante, siempre alterado, donde de pronto vacila el espectáculo vigoroso de una fijeza:

Huerta incrementando su ejército,

Maximiliano y Carlota unidos en la muerte,

Villa insubordinándose

y Zapata redactando el Plan de Ayala,

o ambos sentados en la silla presidencial,

Obregón sin mano o la mano de Obregón en un frasco (siniestro), el general Cedillo sublevándose con el indio Ramón Yocupicio, mandando cortar las orejas de los maestros de escuela, y enviándole al presidente Cárdenas una caja con ellas,

el asesinato de Belisario Domínguez,

las palabras del general Mejía antes de ser fusilado: “Hace Santa Ana conmigo lo que yo haría con él, sólo que me fusila a las tres horas de haberme hecho prisionero, mientras que yo lo hubiera fusilado a los tres minutos”,

Carranza rompiéndose la pierna antes de morir, pagando con su vida, precedido (generalmente) de momentos o años peores que la misma muerte...

y en el caso de Cortés, gracias a la magia que se encierra en

el minitaxi, huevo filosófico y lugar de las transmutaciones, los fantasmas aztecas preocupándose en desenterrarlo, dispersar sus huesos al cruzar el océano y traer lo que reste a Texcoco...

desenterrarlo de nuevo ochenta años después y cambiarlo a México, a la Capilla Mayor de San Francisco, donde lo emparedan en el presbiterio...

volverlo a desenterrar más de cien años después sin encontrarlo en el presbiterio, derribando toda la pared hasta dar con él del lado del Evangelio, es decir, en otro lugar, confundido con los restos de otra persona...

trasladándolo entonces del convento de San Francisco al Hospital de Jesús,

levantando la parte superior de la urna y hallando dentro un arca (inexplicablemente) forrada de plomo, y abierta ésta, descubriendo los huesos del conquistador envueltos en una sábana de cambray bordada en seda negra, en encaje de lo mismo, y la calavera envuelta con separación en sabanilla del propio lienzo (con adornos blancos),

reducidos los huesos a unas canillas, varias costillas y otros cuantos, la mayor parte rotos, algunos duros, la calavera chica, achatada y larga, de buen olor y tintes trigueños, entre oro viejo y herrumbre,

más cierto aliento frío que no es otra cosa que el tránsito de vengativos habitantes del sobremundo, finados vespertinos, huestes guerreras, ánimas que terminarían de derimirse si alteraban el perpetuo descanso de esos huesos, danza macabra de esqueletos polvosos careciendo de manos, pies o cabeza,

de manera que cuesta trabajo cerrar nuevamente el arca, como si el aire se llenase de manos y brazos, y más la urna donde confluyen tantos intereses y tantos espectros que aleatan, o se derriten, o fluyen dentro...

sus fémures camino de la Luna, porque como se sabe el fémur era un hueso importante desde el punto de vista ritual:

en los sacrificios se guardaba como una reliquia y en ciertas ceremonias se utilizaba también,

la Luna estaba íntimamente asociada con la tierra de los muertos,

posiblemente porque allí paraban los fallecidos de muerte natural, ya que los guerreros muertos en batalla y en el sacrificio, y las mujeres muertas en el parto iban a parar al paraíso solar y quienes habían tenido muertes especiales, relacionadas con el agua, moraban en Tlalocan, el paraíso de Tláloc...

como si el aire silbara entre un cráneo vacío, como si vinieran ruidos de la urna forrada de plomo o el arca se resquebrajara,

y así la cerraron y emparedaron, a duras penas y con escalofríos, presionados por magna asamblea de espectros que se afanaban allí durante años y años...

afuera derrumbándose la tutela española,

en México los restos de los caudillos de la Independencia, el capellán mayor del Hospital de Jesús oyendo ladridos de los perros fantasmas y temiendo que el ánimo exacerbado de las chusmas llegue a destruir los restos (de los restos) de Hernán Cortés desenterrándolos con el mayor sigilo y cambiándolos de lugar,

acompañado siempre (aunque lo ignore) por un cortejo de



sombras y ecos errantes que enlazan y dispersan una conjuración endiablada, procesión que vigila los restos durante trece años más,

trece: muerte y nacimiento, cambio y reanudación tras el final... hasta que a sugerencia de don Lucas Alamán, apoderado, afirma Gurría Lacroix, de los duques de Terranova y Monteleone,

lo desentierran otra vez para encontrar la cabeza rajada longitudinalmente,

y un grumo de cenizas en un vaso tallado en (un solo bloque de) obsidiana...

Hijo de un comerciante español enriquecido por sus inversiones en la minería, por parte de su madre mexicana Lucas Alamán podía rastrear sus orígenes hasta los marqueses de San Clemente, una de las principales familias mineras de Guanajuato, establecidas en la Nueva España desde fines del siglo XVI,

su primera juventud la pasó en Guanajuato sujeto a la influencia del afrancesado intendente Riaño,

posteriormente asistió al Colegio de Minería de la ciudad de México,

y a diferencia de la mayoría de los políticos mexicanos que estudiaban derecho, fue a Europa a completar sus estudios en minerología e idiomas,

nacido en el seno de la antigua élite empresarial, estaba unido por amistad (y por interés) a la adinerada familia Fagoaga, líderes de los borbonistas,

elegido diputado de las Cortes y a su regreso a México independiente fue nombrado a un puesto ministerial,

su rígida administración se recuerda por la ejecución de Vicente Guerrero, el héroe insurgente...

total, que para 1946 los restos de Hernán Cortés fueron mezclados y confundidos, enterrados y desenterrados catorce veces,

y ya se sabe que catorce es el número del infinito, pero ahora huelen a yeso enmohecido, y a pesar de los reflectores que los iluminan de modo inquisitorial, sus reflejos

son grises, indecisos, débiles, como si fueran sombras de osamentas, insinuación de un esqueleto y origen de sospechas...

pues los que informan, el doctor Dávalos Hurtado, por ejemplo, dice que:

“por su tamaño, ligereza, capacidad mediana, líneas de inserción muscular poco marcadas, mastoides y cigomas tenues, se podría pensar que se trata de un cráneo femenino, ya que no parece tener las mismas características del resto del esqueleto, y sobre todo porque se carece de la primera vértebra cervical o atlas que permitiría articularlo; características feminoides, sin embargo, que pueden deberse a la edad, y que predominan sobre algunos caracteres viriles, como son una glabella bastante desarrollada y la forma de la órbita”...

y más adelante: “la osteitis afecta el omóplato y el húmero derecho, hueso que presenta sobre todo en la cabeza articular huellas marcadas de un proceso supurativo, que permiten pensar que el individuo al cual perteneció se encontraba imposibilitado para ejecutar movimientos del hombro derecho; y por otra parte, al articular el omóplato y el húmero derecho, se observa que la anquilosis mantenía el brazo separado del cuerpo”...

y también: “las lesiones que se encuentran en la mayor parte de los huesos largos, aún cuando menos intensamente marcadas, parecen deberse todas a procesos infecciosos”...

reinhumando todos esos presuntos huesos de Hernán Cortés el 9 de julio de 1947,

y los fantasmas del Templo Mayor, primero víctimas y luego jueces e implacables verdugos, ciegos, ensimismados, agobiados, desceñidos, triunfantes y gozosos,

empezando a dispersarse en el viento,
ascendiendo impalpables,

borrándose con un rumor inexplicable y poco discernible
dado el fragor del tráfico urbano...

días y noches en esa ascensión, muchos días y noches...

aunque a nuestro prot/agonista le fastidian todos estos esoterismos y retornos de brujas,

como lo que pasó con Lourdes, una fotógrafa parecida a una antigua amante, y que empezó una mañana de domingo con tripiés, reflectores, paraguas, filtros y poleas, a estudiar cautelosamente el monolito Coyolxauhqui,

el tocado de la diosa integrado por un penacho, banda frontal y discos sobre el pelo,

el peinado arreglado en tupé, mechones cortados arriba de las orejas y pelo suelto atrás,

la nariz fuerte y el ojo almendrado, sin iris, abierto,

la boca abierta y los dientes visibles,

la banda facial, los cascabeles en las mejillas, el disco horadado, la orejera, la nariguera y el cascabel propiamente dicho,

los chorros de sangre,

Lourdes mirándolo todo con ojos atentos y perspicaces, sintiendo, o presintiendo, que la piedra a su vez la escudriñaba a través de un abismo estrecho de incomprensión, pero ella podía sorprender a la piedra,

impresionó algunas placas, agotó un rollo de película o dos, como temiendo que la diosa fuese a sorprenderla, sintiéndose cada vez más densa y obtusa, observando también



Pintura de Ramón Marín

desde un abismo de incomprensión (semejante, pero no idéntico),

siempre mirando a través de la ignorancia y el temor, atribuyéndole a la piedra cierto poder, cierta potencia comparable con la humana, pero que nunca podría concurrir con nosotros,

intuyendo secretos que se dirigían específicamente a ella, cada vez más enferma, incluso afiebrada, sintiendo que la piedra, que nunca debía confundirse con ella misma, fotógrafa profesional, vivía paralela a ella, dos líneas paralelas que sólo se unirían en la muerte, quizá después de la muerte se cruzarían para volver a ser paralelas,

y por este paralelismo la diosa podía ofrecerle compañía, protección, influencia,

una compañía, claro, distinta a la que existe dentro de cualquier relación humana,

tan distinta que Coyolxauhqui se ofrecía para aliviar la enajenación de un país, es decir, del hombre en tanto que integrante de una nación, y no como individuo,

que presionaba a Lourdes para que usara un collar, pulseras, cinturón y tobilleras de cobre para inmunizarse y dejar de oír, definir el abismo entre ambos, abismo que disminuía si se establecía el puente del idioma, o la incomprensión,

que Lourdes rehuía con enorme cautela, no exenta de respeto, la cámara en las manos...

y en cuanto a los fantasmas, puestos a elegir, nuestro prot/agonista tendría interés en alternar con alguna muchacha o mujer prehispanica amarillenta, tatuada con trazos azules, muy finos, conseguidos con una navajita,

como aquella hija del emperador Axayácatl, esposa secundaria del rey Netzahualpilli, que disponía de no menos de dos mil servidores, y que había llegado a recortarse los dientes dada su extraordinaria capacidad de coquetería,

ya que se aprovechaba de su situación para atraer y luego seducir a cuanto mancebo o gentilhomme encontraba de su gusto y afición, mismos que después de satisfacer sus intereses, hacía matar,

para después hacer una estatua de su figura, o un retrato, y adornarlos cuidadosamente con ricas vestimentas, joyas de oro y pedrería, acomodándolos en su sala principal,

y cuando el rey la iba a visitar y preguntaba por todas aquellas decenas de estatuas, respondía que eran sus dioses, que cada uno aportaba su diferencia, determinada a mentir porque se sentía amada y deseada, y también porque es difícil explicar los amores, más si son sucesivos o simultáneos, peor porque el paso de uno a otro encuentra su ley en el olvido y no en la memoria, en la sensibilidad y no en la imaginación,

el rey aceptándola por ser como es la nación mexicana de religiosa y respetuosa de falsos dioses,

hasta una noche en que los criados le dijeron que estaba reposando, en el entendido de que al saber esto, el rey se volvería como otras veces,

pero decidió irrumpir violentamente en la recámara donde ella dormía y creyendo verla en la cama se acercó a despertarla, y no halló sino un cuerpo hecho de madera coronado con una cabellera, pues la princesa, en otra parte, celebraba una fiesta con tres cortesanos de alto linaje...

¿de cuántos incidentes no podría hablar esta mujer condenada a muerte y ejecutada a pedradas hasta que destrozaron su cabeza y las de sus compañeros de juerga antes de arrojarlos al agua?...

la mitad de nuestro prot/agonista en Sevilla y la otra mitad absolutamente de cabeza en Texcoco,

pero sólo aparentemente,

pues su farsa de espectros se trocaba en automóviles rutilantes, mujeres de uñas rojas, hombres sombríos rumbo al trabajo, odiosos, hastiados, refunfuñando, mascullando frases repetidas, sin ingenio, aburridos, sumergidos en lugares comunes, oyendo radio, sobreviviendo sin ternura, desprevenidos y sin embargo vivos, sobreviviendo, tejiendo cierta historia,

como nuestro prot/agonista sentado y quieto en el minitaxi,

adoptando diversos estados de ánimo, sentimientos, verdades y pensamientos, los más opuestos y diversos, quieto como si esperara establecer comunicación,

incluso podría decirse (en otro sentido) que una comunicación a la segunda potencia,

quieto no por tristeza, por temperamento o cansancio, sino por atención, concentración, recogimiento y meditación,

para demostrar/se la presencia de (cierta) plenitud y la indudable plenitud del ahora,

o para alcanzar cierto grado de profundidad,

para sobrepasar la espera desarrollando argumentos y fantasías,

o vigilando la alteración de los seres,

el anonadamiento de lo cotidiano, considerar una materia o un objeto, o una mujer como si emitieran signos por descifrar, por algo es arqueólogo, valdría decir "egiptólogo", es decir sensible ante los datos de la realidad y más frente a los datos del pasado,

regocijado ante matices (indudablemente mexicanos) del lenguaje,

modelos de carácter (indisolublemente mexicanos), vueltas del arte (intrínsecamente mexicano), injertos de sangre (ferozmente mexicanos), gustos culinarios (contundentemente nacionales) y hasta cierto halo que representa a *nuestra* cultura, supuestamente desaparecida y no sólo sobreviviente sino reaparecida a cada momento con fuerza incontestable, incluso en leyendas...

como aquel indio hechicero que se presentó sin orejas ni dedos ante Moctezuma Ilhuicamina, con la noticia de que en el mar de oriente se movían casas a manera de cerros, y que fue encarcelado pero desapareció de la celda sin dejar rastro...

reapareciendo años después como perfecto mesías indio, hábil mezcla de impostor y salvador,

acusado de poligamia aunque se había casado públicamente por la iglesia, delante del guardián del convento franciscano de Texcoco, y a pesar de haber recibido su confesión y levantado acta de sincero arrepentimiento,

acusado también, bajo la palabra de todos los habitantes de Tepeaca y Acacingo, de haber convocado a los caciques de la región para celebrar ritos propiciatorios a Camaxtli, a fin de combatir la sequía,

acusado de recoger tres mil seiscientos puntas de flecha para combatir a los "cristianos", como se llamaban a sí mismos los españoles,

acusado de haber sido prendido con anterioridad, y de que estaban haciéndole pedazos y se les fue de entre las manos, apareciendo luego cerca de allí, riendo de sus verdugos,

acusado de convertirse en gato y tigre, y de andar alborotando a los indios y embaucándolos, y otras cosas de vanidad e idolatría...

porque los últimos sobresaltos de resistencia armada en el Anáhuac fueron los de una guerra mágica conducida por los brujos...

recordando de pronto y sin argumentar, probar ni demostrar,

en un discurso al que apuntan filos y dientes,

un soliloquio que parece imposible acallar y que confunde con palabras, haciendo sombra sobre las argumentaciones, extenuándose o suprimiendo intervalos lógicos, apresurando y embriagando a despecho de toda conversación, sin tamizar, disgregándose como a la búsqueda de dificultades discurativas,

o queriéndose uncir como oído, vista y tacto, recapitulando como la serpiente que se muerde la cola, volviendo una y otra vez a los mismos episodios, las mismas sensaciones, las mismas noticias, el mismo minitaxi...

Fragmento de la novela del mismo título, actualmente en preparación